

## 7. La migración laboral en Uruguay

En la última década, la economía uruguaya ha sufrido transformaciones estructurales. Al igual que en otros países latinoamericanos, a principios de los noventa se han introducido reformas en materia económica, relacionadas fundamentalmente con la estabilidad monetaria, la reforma del Estado, la apertura externa y, aunque en menor medida que la llevada a cabo por la Argentina, políticas de privatizaciones de empresas del Estado. Estas reformas impactaron sobre la dinámica de la economía y las principales dimensiones del mercado de trabajo.

Luego de una década caracterizada por la falta de crecimiento económico y por las altas tasas de inflación, desde principios de los noventa la economía uruguaya retoma la vía del crecimiento. El PIB adoptó un ritmo de crecimiento muy considerable entre 1990 y 1997, registrando un alza de un 33% (Buxedas y otros, 1999).

Este proceso se dio acompañado de cambios en la composición del PIB: así, los sectores de actividad primario y secundario pierden terreno frente al sector terciario, siendo en 1990 la participación de los primeros de un 11,5% y 26,3% respectivamente y del sector terciario de un 62,2%, mientras en 1997 los dos primeros caen a un 8,2% y 18,3% respectivamente y el sector terciario crece hasta alcanzar un 73,5% del PIB. En consecuencia, a lo largo de la década se advierte una fuerte caída del PIB agropecuario e industrial.

Dentro del sector secundario se observa que la rama de actividad más desfavorecida fue la industria manufacturera (pasa de una participación de un 21,2% del PIB en 1990 a un 14,8% en 2000). Al interior de ésta, no obstante, debe señalarse que a lo largo de la década se manifiesta un comportamiento no uniforme en el conjunto de las actividades agrupadas en esta rama. Así, las unidades dedicadas a la producción de alimentos, química básica, plásticos y aparatos eléctricos aumentan su volumen físico en un 25%, siendo las actividades industriales las que registran un mayor crecimiento.

En el polo opuesto, las actividades que presentan una fuerte caída respecto de los años anteriores son aquellas que estuvieron más expuestas a las políticas de apertura comercial: pesca, aceites y grasas, fiderías, hilados y tejidos, vestimenta, pinturas, artículos de cuero, calzado, abonos y plaguicidas, pinturas, medicamentos, jabones, vidrio, material de transporte, hierro y acero y productos metálicos (Buxedas y otros, 1999).

Complementando lo anterior, se presentan los índices relativos al volumen físico de la industria manufacturera. La distribución del índice de volumen físico (con base 100 = 1988) en la industria manufacturera para 1997 es la siguiente: alimentos, bebidas y tabaco, 126; textiles y vestimenta, cueros, 82; celulosa, papel y cartón, 116; química, 112; minerales no metálicos, 115; metálica básica, 73; maquinaria, equipos, productos metálicos, 65 (Buxedas y otros, 1999). En contraposición a lo ocurrido en

la rama industrial, se verifica a lo largo de toda la década un incremento muy significativo del sector comercio, banca y finanzas, electricidad, gas, agua y la construcción.

Los cambios en la participación de los distintos sectores en el PIB, junto con las reformas institucionales aplicadas en los primeros años de los noventa, fueron configurando una estructura productiva con características diferentes a las sostenidas hasta fines de los años ochenta, basada ahora en criterios de productividad y competitividad. En este sentido, la incorporación de tecnología en el mundo laboral, unida a las innovaciones introducidas en materia de organización del trabajo y de la producción, fueron delineando un escenario en el que la producción por persona tomó un lugar central para poder hacer frente a las condiciones de competencia bajo las cuales se operaba.

En este contexto, se advierte que dentro de la industria manufacturera y el agro se producen numerosos cierres de empresas (Buxedas y otros, 1999). Esto no sólo afectó el tamaño que fue adquiriendo el mercado de trabajo y su capacidad para absorber a la población oferente de su fuerza de trabajo sino que además dio origen a nuevas formas de inserción laboral de los trabajadores en estos mercados.

Un indicador del nivel de actividad económica es la tasa de actividad, calculada como la relación entre el número de personas económicamente activas y el de personas de 14 años o más de edad. Esta tasa aumentó a lo largo de toda la década de los noventa, pasando de un 57% en 1990 a un 60,6% en 2001, lo que indica una mayor participación de la población en las actividades económicas. Este hecho parece derivarse de una creciente participación de la mano de obra femenina en la economía. De esta manera, comparando la evolución de la tasa de actividad de los varones y mujeres, se observa que la de los primeros se mantuvo relativamente constante, oscilando alrededor del 74% entre 1990 y 2001; en cambio, la tasa de actividad femenina se incrementó notablemente en ese lapso de tiempo (43,4% en 1990 y 50,9% en 2001).

La tasa de empleo, por su parte, arroja los siguientes datos: en 1990 es de 53,1% en tanto que en 2001 desciende a 51,4%. El retroceso en materia de volumen de empleo se observa tanto en el área de Montevideo como en el interior urbano. Si bien en el primer quinquenio de los noventa se produjo un aumento en la proporción de los ocupados en relación a la población total, sobre todo en la capital uruguaya, en donde se concentraron las actividades vinculadas al sector terciario de la economía que habían sido impulsadas por las reformas económicas de principios de los noventa, el funcionamiento recesivo de la economía, sumado a la contraída actividad industrial, no permitió mantener a fines de la década la tasa de ocupación en niveles crecientes o estables.

Por último, la tasa de desempleo urbano se ha incrementado notablemente desde principios de la década: mientras en 1990 era de un 8,6%, en 2001 llegó a un 15,3%. Además del aumento en la tasa de desocupación registrado durante los

noventa, en esta década se observa un fuerte deterioro de las condiciones de empleo de gran parte de la población ocupada.

Evaluando la inserción laboral de los ocupados en la actualidad, según datos de la Encuesta Continua de Hogares de 2000, se observa que el 71,3% se inserta en el sector terciario de la economía. El resto se reparte en los sectores primario (4,1%) y secundario (24,3%). Esta distribución merece ser desagregada por rama de actividad: así, un 3,5% de los ocupados se inserta en agricultura, silvicultura, caza y pesca, explotación de minas y canteras, un 12,8% en industrias manufactureras, un 7,2% en construcción, un 17,3% en comercio, un 33,6% en servicios comunales, sociales y personales, un 5% en transporte y comunicaciones y un 5,8% en servicios financieros y empresas.

En relación a la jerarquía de las ocupaciones, se observa que un 21,9% de los ocupados se inserta en empleos de calificación profesional, científica o técnica, un 53,8% desarrolla tareas de tipo operativas y, por último, un 18,5% en ocupaciones no calificadas.

Otro de los indicadores laborales que permite evaluar la calidad del empleo de los ocupados es el de la categoría ocupacional. En relación con ésta, se verifica en la estructura actual una tendencia hacia las situaciones de no dependencia. El volumen de trabajadores en relación de dependencia crece desde 1990 en menor proporción que la PEA, con lo cual puede concluirse que los asalariados pierden peso dentro de la PEA frente a otras categorías de trabajo independiente (cuentapropistas y empleadores). Los trabajadores por cuenta propia aumentan su participación en la PEA en la última década (16,7% en 1990 y 19,6% en 2000).

Asimismo, el volumen de horas semanales trabajadas en la ocupación principal contribuye a conocer la condición del empleo de las personas. De acuerdo a los datos del Instituto Nacional de Estadística (INE), el promedio de horas trabajadas en la ocupación principal en 2000 es de 39,3. Considerando el promedio de horas trabajadas por sector de la actividad económica, se advierte que el sector primario alcanza el nivel más alto (46,8 horas), seguido por los sectores secundario (40,1 horas) y terciario (38,6 horas). En este último es en donde se detectan los niveles más altos de subempleo<sup>69</sup>.

El fenómeno del subempleo afecta con mayor frecuencia a los trabajadores del área de Montevideo y a las mujeres, especialmente aquellas que se desempeñan en el servicio doméstico. Las ramas de actividad en donde se concentra una mayor cantidad de personas subempleadas son: servicios (servicio doméstico y servicios comunitarios, sociales y personales), construcción, enseñanza y comercio. Estas actividades son las que presentan una mayor vulnerabilidad en razón de la falta de cobertura de seguridad social.

---

<sup>69</sup> El INE considera como subempleados a las personas con trabajo que trabajan menos de 40 horas semanales y desean y están disponibles para trabajar más horas.

En resumen, la economía uruguaya ha atravesado cambios estructurales en la última década cuyos efectos se evidenciaron rápidamente en la esfera laboral. La transferencia de volumen de trabajo desde el sector secundario al terciario de la economía, la caída en el nivel de empleo junto a la expansión de la tasa de desocupación y subocupación, y los cambios en materia de condiciones laborales configuran un escenario ocupacional precario e impotente para contener a la población activa.

### **7.1. Impacto de los inmigrantes en la PEA e inserción ocupacional**

De acuerdo al censo de 1996, la PEA de Uruguay es de 1.435.397 personas. La PEA nacida en el extranjero (35.781 personas) representa un 2,5% de la PEA total. Dentro de este grupo, un 49,3% corresponde a los inmigrantes originarios de los países del Cono Sur mientras que el resto está compuesto en su gran mayoría por inmigrantes europeos de origen español e italiano.

La PEA inmigrante procedente del Cono Sur alcanza un total de 17.635 personas, representando sólo un 1,2% de la PEA total<sup>70</sup>. Los inmigrantes que tienen una mayor participación dentro de la PEA regional son los originarios de Argentina (55,9%) y Brasil (34,3%). En cambio, el aporte de la inmigración chilena y paraguaya es sumamente bajo.

La distribución de la PEA total por sector de actividad económica da cuenta de una elevada representación del sector terciario (actividades comerciales, transporte, comunicaciones, intermediación financiera y servicios gubernamentales, sociales y personales), alcanzando un 63,3%. El tercio restante se reparte entre los sectores secundario (industrias manufactureras, construcción, generación y distribución de electricidad, gas y agua potable), 24,9%; y primario (ganadería, agricultura, silvicultura, pesca y minería), 11,8%. La caída de los sectores primario y secundario y el crecimiento del sector terciario confirman la tendencia que viene dándose desde la década del setenta en relación a los cambios en la composición de la PEA por sector de actividad. No obstante, este rumbo parece profundizarse desde principios de los noventa, momento en el que las actividades nucleadas dentro del sector terciario crecen en detrimento de las restantes: su aumento es de un 29,9% con respecto a las de 1985.

En este contexto, en relación a la participación de la PEA extranjera dentro del mercado de trabajo uruguayo, se advierte que tanto los nacidos en la región del Cono Sur como en Europa tienen una fuerte participación en las actividades comerciales, de servicios e industrias. Sin embargo, el peso de cada uno de los grupos de inmigrantes resulta ser diferencial al interior de la actividad económica: los europeos se insertan en mayor proporción que los inmigrantes regionales en la rama

---

<sup>70</sup> En base a la Encuesta Continua de Hogares, en 2000 la PEA inmigrante regional representa un 1,3% de la PEA total del país.

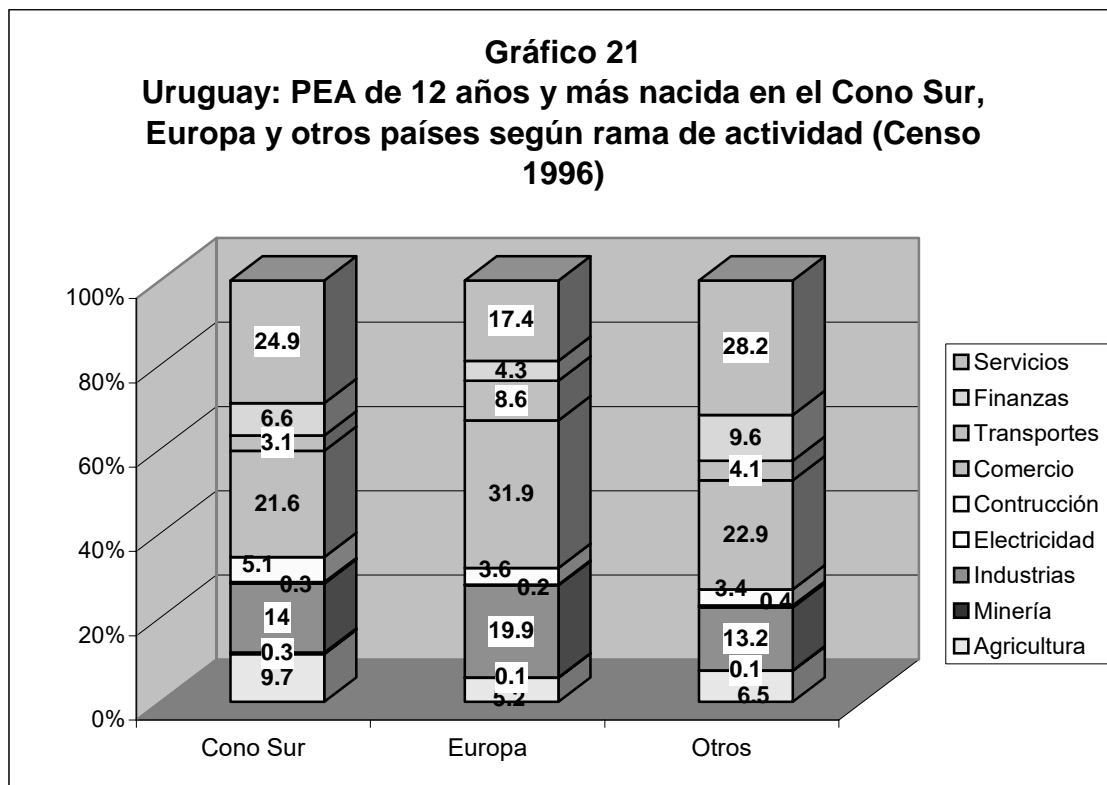
comercio e industria, en tanto que presentan una incidencia menor en lo respectivo a la rama servicios, agricultura y construcción (gráfico 21).

Dentro del bloque Cono Sur, los argentinos se concentran principalmente en las áreas de comercio (24,4%), servicios (23,8%) e industria (16,2%); los brasileños, se distribuyen en los sectores de servicios (23,7%), agricultura (21,7%), comercio (17,4%) e industrias (9,9%); los chilenos, por su parte, se ubican en las ramas de servicios (32,7%), comercio (21,6%) e industrias (14,8%); por último, los paraguayos tienen una fuerte concentración en la rama de servicios (40%), seguida de las actividades industriales (16,9%) y comerciales (16,8%).

De estos datos se desprende que existe cierta selectividad en la inserción ocupacional de las nacionalidades que componen el Cono Sur. Reforzando lo anterior, la participación económica de la población inmigrante procedente de esta zona presenta rasgos singulares en función de su distribución por sexo.

Con respecto a los varones, más de un cuarto de la población argentina se inserta en la rama comercio, un 18,9% en las industrias, un 13,6% en los servicios y un 8,5% en la construcción. Los chilenos, por su parte, tienen una presencia significativa en los servicios (25,6%), el comercio (22,9%), las industrias (17,1%) y, en menor medida, en la construcción (8,7%). La población paraguaya masculina se polariza en dos segmentos, servicios (24,9%) e industrias (24,2%), manteniendo también una importante participación en la rama comercio (16,8%) y construcción (7%). Los brasileños, por último, presentan un fuerte impacto en la agricultura, aportando un tercio de su fuerza de trabajo, y participan, aunque en menor proporción, en las actividades comercio (16,9%), servicios (11,1%), industrias (10,3%) y construcción (9,7%).

En cuanto a la PEA femenina, el impacto más significativo se observa en la rama servicios, llegando en el caso de las mujeres paraguayas a representar un 57,9%. Las chilenas, si bien no registran un porcentaje tan elevado en esta rama de actividad, se ubican en el segundo lugar, alcanzando su participación un 42,5%. Las mujeres argentinas y brasileñas, más dispersas que las anteriores en relación a su ubicación en la estructura productiva, presentan no obstante un peso importante en la rama servicios (36,3% y 39,3%, respectivamente), seguida por el comercio (21,1% y 18,1%) y las industrias (13% y 9,3%).



Fuente: Elaborado en base a datos de IMILA, CELADE.

De acuerdo a lo dicho hasta aquí puede afirmarse que la inserción de la mano de obra originaria del Cono Sur alcanza rasgos diferenciales de acuerdo al sexo de los inmigrantes. Por un lado, los varones se vuelcan en amplias proporciones por las ramas de comercio, servicios, industria y construcción. Sólo la población brasileña presenta una inserción importante en el sector de la agricultura, constituyéndose en la única de las nacionalidades de la región que coloca una porción significativa de su fuerza de trabajo en dicha actividad. Debe destacarse que es en esta actividad, específicamente en las plantaciones de arroz, en donde se han detectado trabajadores brasileños en situación irregular (OIT, 1999a). La inserción ocupacional de la mano de obra brasileña en la agricultura se explica a partir de la influencia que ejerce desde hace varios años la migración de ese origen en la región fronteriza del norte uruguayo. Por otro lado, las mujeres de todas las nacionalidades, aunque especialmente las paraguayas y chilenas, muestran una alta participación en la rama de los servicios. Se presume que, de acuerdo al nivel de instrucción que presentan las inmigrantes paraguayas y chilenas, su inserción dentro de la rama servicios se centraría en las ocupaciones domésticas.

En cuanto a la inserción por grupos ocupacionales, se advierte una fuerte selectividad de la mano de obra en función de su origen regional y nacional. Los inmigrantes europeos se insertan en ocupaciones de mayor jerarquía que los inmigrantes del Cono Sur. Esto se comprueba a partir de su inserción en los dos extremos de la estructura ocupacional. Por un lado, el peso de los europeos es



superior al de los migrantes regionales en la cúspide de la jerarquía ocupacional (24,4% y 16,1% respectivamente); por otro lado, la participación de los sudamericanos en los empleos que requieren bajos niveles de capacitación duplica a la de los europeos (18,6% y 9,2%).

Al interior del Cono Sur, las nacionalidades que tienen una inserción ocupacional menos favorecida, en términos de la calificación de los puestos de trabajo, son la paraguaya y brasileña, con alrededor de un cuarto de su PEA en ese segmento. Los brasileños, además, acompañan esa alta participación en las ocupaciones no calificadas con una muy baja presencia en los empleos de mayor jerarquía.

Con el fin de alcanzar una mayor comprensión acerca de la participación económica de la población migrante en el mercado de trabajo uruguayo, se complementará el análisis anterior con la información proveniente de la ECH del año 2000. Específicamente, se presentarán tres dimensiones laborales que pueden contribuir a iluminar la mirada sobre el tema: intensidad laboral, categoría ocupacional y tamaño del establecimiento.

El porcentaje de inmigrantes regionales ocupados con una intensidad menor a las 40 horas semanales alcanza un 44% (gráfico 22). Esta alta proporción de subocupados dentro del grupo inmigrante originario del Cono Sur se acompaña de una muy baja participación laboral en condiciones horarias normales, esto es, cumpliendo jornadas laborales de entre 8 y 9 horas.

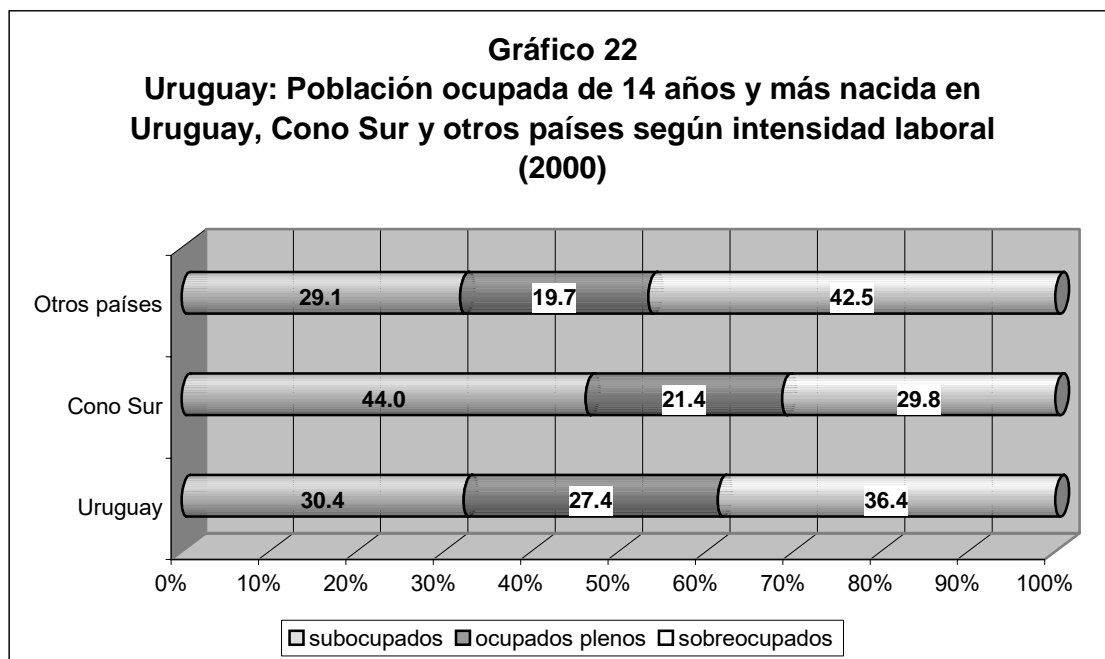
La inserción laboral deficiente, en términos de la duración de la jornada laboral, se constituye en una problemática que afecta al conjunto de la fuerza de trabajo residente en Uruguay. De acuerdo a los datos recabados por el INE, no obstante, la población inmigrante presenta una proporción mayor de ocupados en condiciones de subocupación y sobreocupación.

En relación a la categoría ocupacional, sólo siete de cada diez inmigrantes regionales se incorporan al mercado de trabajo en condiciones asalariadas; el porcentaje restante se ubica mayoritariamente en ocupaciones por cuenta propia. Ahora bien, mientras la proporción de cuentapropistas es mayor entre los inmigrantes regionales en comparación con los grupos nativos e inmigrantes europeos, el porcentaje de patrones entre estos últimos es más de cuatro veces mayor al del segmento procedente del Cono Sur.

Algo similar ocurre en relación al tamaño de los establecimientos en los que se ocupan los inmigrantes regionales. A diferencia de la población nativa, la que tiene una presencia mayoritaria en establecimientos de más de 10 trabajadores, dos tercios del estrato inmigrante regional son empleados en unidades de hasta 10 trabajadores.

A partir de estos datos puede arribarse a algunas conclusiones: primero, el impacto de la mano de obra inmigrante en el mercado de trabajo uruguayo es sumamente

bajo; segundo, existen diferencias notables entre las poblaciones de inmigrantes regionales, europeos y nativos respecto de la calidad de la inserción ocupacional: si bien todos comparten una fuerte participación económica en las áreas de servicios, comercio e industria, principalmente en puestos de trabajo de calificación media, los migrantes del Cono Sur muestran una inserción ocupacional más débil, a raíz del alto porcentaje de no asalariados y subocupados insertos en ocupaciones de baja calificación en pequeños establecimientos.



Fuente: Elaborado en base a datos de ECH.

La inserción diferencial de los inmigrantes en el mercado de trabajo uruguayo indica que algunos grupos poblacionales atraviesan situaciones laborales más desfavorables. Esto se ha podido observar en lo concerniente a los dos segmentos de inmigrantes mayoritarios (regionales y europeos), aunque incluso dentro del grupo de inmigrantes procedentes del Cono Sur. Como consecuencia de lo anterior, y considerando la situación de mayor vulnerabilidad que tienen los inmigrantes en la sociedad receptora por su condición misma de no nativos, se constituyen en sujetos pasibles de ser víctimas de abusos no sólo en el ámbito laboral sino también en los distintas esferas de la vida social.